

sus collares al pecho, vestidos de terciopelos y brocados relucientes de pedrería; formando todos ellos la mas vistosa corte que ojos mortales vieran jamás en la tierra. Para mostrar cuánto crecería la ciudad con tal ceremonia baste decir que aposentó y alimentó sesenta mil extranjeros y quince mil caballos en dias tan solemnes. Y sin embargo, aquella ceremonia cortesana debía parecerse á una ceremonia fúnebre. Las fiestas ruidosísimas ocultaban una grande crueldad en el corazon de tan poderoso monarca y una incertidumbre todavía mayor en el corazon de su pueblo. Parecia que, pasado un mes entero, las fiestas y regocijos debían haber prestado á las graves heridas bálsamo y á los tristes recuerdos olvido. Mas no fué así: á mediados de febrero entró en Gante Cárlos, y al mediar marzo ahorcó en la plaza pública diez y nueve ciudadanos tenidos por cabezas de la resistencia. Y mes y medio mas tarde fué ahorcada la ciudad tambien, porque perdió sus fueros, sus libertades, sus bienes públicos, sus rentas perpetuas, sus fortalezas, traspasado todo á la potestad real y todo prohibido á su antiguo poseedor y dueño, el pueblo gantés, quien además debía en realidad aprontar los cuatrocientos mil florines, á cuyo pago se habia resistido, con ciento cincuenta mil de multa y seis mil de renta perpetua. El 3 de mayo del mismo año rebosaban las calles de tropa en armas; grupos de caballería y algun que otro cañon cargado hasta la boca ocupaban las encrucijadas y los puntos estratégicos; porque los principales ciudadanos de la ilustre ciudad iban vestidos de sayales, rapadas las cabezas, descalzos los piés, con sogas al cuello en vez de los antiguos áureos collares, á la casa municipal, donde Cárlos, con su hermana la reina de Hungría al lado, sus príncipes y obispos en torno, circuido de alabardas y lanzas, sentado en el trono, vestido de púrpura, su diadema en la frente y su cetro en las manos, les daba un perdon, mas cruel, por humillante, que todos los suplicios.

Mal quedaron los Países Bajos tras tales sucesos. La libertad en ellos no era solamente un derecho, era una tradicion, y esta libertad se habia perdido. Aquellas constituciones antiguas, aquellos fueros semejantes á los fueros de Suiza, los municipios democráticos, las Córtes libres, las cartas venerandas, todo habia desaparecido, todo, bajo la segur impia del absolutismo nivelador, que todo lo habia segado. Y sin embargo la libertad estaba en las tradiciones

de su historia, en el temperamento de su raza, en la sangre de sus venas, en la letra de sus leyes, en la continuacion histórica de sus Estados, en los deseos de su alma, y era necesario que la libertad volviese y triunfase. Corria entonces por el mundo, quizás venido del cielo, un viento de revolucion espiritual, que sublevaba los ánimos contra los viejos poderes históricos, y movía las conciencias para que buscasen, allá en el espacio infinito, la llama eterna de la santa y vivificadora libertad. Esta revolucion, suscitada en Alemania, pasó á Suiza; y allí en Suiza por las predicaciones de Zuinglio y de Calvino se dilató hasta formar una doctrina y una Iglesia verdaderamente republicanas. Pocos pueblos tan preparados en el mundo para recibir y aceptar esta idea como el pueblo de los Países Bajos. Su temperamento germánico se compadecia muy bien con la reforma religiosa y con ella se armonizaban sus tradiciones históricas. Todo estaba, pues, preparado allí para una transformacion; y como tal transformacion debía verificarse bajo el trono mas católico de Europa, todo estaba preparado allí para un conflicto.

Examinando la historia de este pueblo se ven ya de antiguo sus propensiones á la revolucion religiosa, preparada casi por la sucesion de los tiempos y por los decretos de la naturaleza. En pleno siglo XI los holandeses y flamencos sostuvieron la causa gibelina de los Emperadores contra la causa güelfa de los Papas. En el siglo XII, cuando la conciencia humana dormía bajo el ala maternal de la Iglesia, despertábanse, y en tropel bullicioso, herejías innumerables por el suelo de los Países Bajos. Todas las nuevas doctrinas encontraron allí sectarios y resonancias. Los valdenses pulularon como en Lyon; los arnaldistas siguieron las sublevaciones prematuras del entendimiento humano contra la autoridad eclesiástica; los albigenses de aquellas tierras compitieron con los albigenses del Mediodía de Francia; y no hubo herejía que no tuviese allí en aquellos espacios sus sectas y sus resonancias. Las traducciones de los Libros Santos al francés hechas por Waldo corrieron todos aquellos espacios y ocuparon mucho antes que las traducciones luteranas la noble atencion de tan despierto pueblo. En el siglo XIII comenzaron á decaer allí los monasterios; en el siglo XIV corrieron las doctrinas de Wiclef desde un extremo á otro de aquel territorio; los mismos caballeros que fueran á la cruzada contra los husitas de Bohemia en el siglo XV volvieron con

grandes inclinaciones á la herejía y á los herejes. La imprenta esparce allí los primeros rumores de la tempestad que conmovia las conciencias. Los mismos reyes preparan sin saberlo el movimiento. Felipe el Bueno quita el derecho de asilo á las Iglesias. Carlos el Temerario impone costosa tributacion sobre los bienes eclesiásticos. Grandford de Croninga prepara los ánimos al combate. Erasmo, sin quererlo él mismo, inclina el sentido comun á separarse del dogma eclesiástico. A Maximiliano I solo se le ocurre unir á la corona del Imperio la tiara del Pontificado en su cabeza. Y los mas moderados gritaban que Lutero era de los reyes y de los clérigos odiado porque á un tiempo mismo atacaba los vientres de los frailes y las bulas de los Papas.

El Imperio de Carlos V se ha empeñado en combatir la herejía de Lutero. El Emperador es un Papa laico, y debe al Papa espiritual y religioso el auxilio de su cetro y de su espada. Los edictos imperiales pululan mas en Flandes y Holanda que en la misma indócil Alemania. Carlos V, Emperador elegido por los alemanes y rey patrimonial de los flamencos y de los holandeses, cree de sus deberes el tratar á estos como se tratan los animales adscritos á un patrimonio, como se tratan los rebaños de una finca. La Inquisicion católica entra en aquellas tierras inquietas. A primeros de julio, en el año 1523, las hogueras inquisitoriales arden siniestras y aterradoras en la plaza de Bruselas. Dos monjes agustinos entran, como primeros mártires de la revolucion religiosa, en aquellas voraces llamas. Sus voces se callan, sus huesos se calcinan, la sangre de sus venas se consume; pero la idea flota en los aires y los historiadores del tiempo atestiguan que tras la quema de aquellos sectarios, la secta se acrecienta. Un Papa de los Países Bajos sube, un Papa elegido por ser maestro de Carlos V; y este Papa llamado Adriano VI en la genealogía pontificia tendió á la conciliacion mas bien que á la guerra. Pero los edictos imperiales continuaban procurando herejes á la hoguera sin procurar á las conciencias reposo. Los anabaptistas surgieron como surgen siempre los excesos y las exageraciones en toda revolucion. Juan de Leyden se apoderó de la ciudad de Munster, y estableció en ella su comunismo cristiano. Las propiedades fueron confiscadas, los pueblos entrados á saco, las iglesias profanadas, la poligamia establecida, los disidentes degollados, las monjas violadas en estas epilépticas sacudidas de una revolucion vence-

dora. Entre las catorce mujeres que á sí mismo se decretó el Profeta, ninguna tan imperiosa como la llamada Reina de Sion, que ceñía rica corona de oro á su cabeza. Los espíritus se contagiaron todos con esta singular demencia. En Amsterdam siete hombres y cinco mujeres, animados, segun decian, del Espíritu Santo, salieron una cruda noche de invierno por las calles en cueros diciendo ser la verdad desnuda. Juan de Leyden cayó vencido por el obispo de Munster, que lo trucidó con hierros candentes y repartió sus pedazos. En tal ebullicion de ideas y de pasiones, la crueldad imperial creció con terrible crecimiento. Un edicto se publicó apenas creible, pues condenaba cruel á la última pena sin excepcion ninguna, ¡parece imposible! á todos los herejes. Las gentes creian que tal decreto se daba para despoblar las provincias. Los hombres debian ser decapitados, aunque se arrepintieran, y las mujeres enterradas vivas. En medio de tales terrores, en medio de tales crueldades, cuando la Inquisicion mas se enfurecia y cegaba, ocurriósele á Carlos V abdicar la corona de los Estados holandeses y de los Estados españoles en aquel inquisidor coronado que debia llamarse Felipe II.

En dos ocasiones supremas aparecieron dos hombres extraordinarios, que debian ejercer desmedido influjo en la revolucion protestante y luterana de Holanda. Estos dos hombres se llamaban, el príncipe de Orange uno, y otro el célebre conde de Egmont, destinados los dos á grandes y maravillosos destinos; ceñidos los dos por los laureles de la victoria; probados los dos por las contrariedades enormes de una terrible adversidad; y fundadores los dos de la libertad del pensamiento y de la República unida de los Países Bajos, primera cristalización, digámoslo así, de la gran idea, que habia en el siglo xvi agitado y conmovido la humana conciencia. Carlos V no habia tenido gran fortuna en sus predilecciones. Dos ceremonias capitales señalaron su vida; la ceremonia de su coronacion ostentosa por el Pontífice Clemente VII en la ciudad de Bolonia y la no menos solemne y mas trascendental aun á lo porvenir de su abdicacion allá en el palacio de Bruselas. Pues bien, á su lado iba en el momento de la coronacion Mauricio de Sajonia, quien debia perseguirle por las montañas del Tirol; y á su lado iba en la ceremonia de abdicacion Guillermo de Orange, quien debia, si no á él, á su heredero, arrancarle aquellas provincias de Holanda, espléndidos florones de su impe-

rial diadema. ¡Qué ceremonia la de su abdicacion ostentosa en el palacio de Bruselas! Salon espacioso de proporciones armoniosísimas; sillones de severa majestad y de grandes dimensiones destinados á los caballeros del Toison de Oro, que ostentaban allí pintadas con mil matices varios sus espléndidas armas; tapices magníficos, de cuyos fondos argentinos y áureos surgian, como en relieve, las multicolores figuras; estrado semejante á teatro, donde se veian cubiertos de recamados terciopelos y tisúes los sitios adscritos á las diputaciones de los Países Bajos; en el centro, dosel magnificentísimo, con las armas de Borgoña; por todas partes los arqueros y los alabarderos vestidos con sus uniformes mas preciosos y armados con sus mas relucientes armas; tras los gentiles hombres de toda gala y los magistrados de toda ceremonia, dominando tantas cosas y personas diversas el gran Emperador del mundo, apoyado, como en su báculo, en los hombros de Guillermo de Orange. Pues bien, otro héroe destinado á grandes luchas y á terribles pruebas es el conde célebre de Egmont, quien gana para Felipe II nada menos que la batalla de San Quintin, aquella por cuyo recuerdo construyó este su Escorial, y luego contribuye tanto á que pierda las provincias holandesas, no sin que Felipe II, en la crueldad nativa de su complexion y en la furia del combate, lo maldiga y lo descabece.

Por diciembre de 1558 Felipe II celebraba con grandísima y solemne ceremonia fúnebre las honras de su padre muerto en Yuste. Poco antes habia pasado tambien de esta vida su segunda mujer, María Tudor, y contraído él esponsales con Isabel de la Paz, prenda hermosa de reconciliacion estrecha entre nuestra España y Francia, que habia debido ceder al imperio español cuatrocientas poblaciones. Tal paz regocijó á las Provincias Unidas, las cuales tuvieron nueve dias de fiesta. Repicaron alegremente las campanas de Amberes, emporio del comercio; sonó la ruidosa y célebre artillería municipal; su cincelado campanario brilló por las alturas con sus iluminaciones deslumbradoras, como una brillante constelacion de astros esplendorosos; los arcos de triunfo cerraron las esquinas de las calles ornadas todas con guirnaldas y gallardetes y frecuentadas por procesiones en que los poetas leian versos y discursos los retóricos, mientras corría cerveza y vino en las fuentes; y por do quier se veian grandes festines populares con bueyes enteros asados y

libaciones colectivas consagradas á la celebracion de una paz que debia devolver su actividad al trabajo y sus provechos al comercio; sin comprender aquellos ciudadanos que la causa primera del tratado, por cuyo feliz éxito se holgaban, la causa quizá única de tal paz regocijante residia en el deseo tenaz, que abrigaba Felipe de perseguirlos y castigarlos por sus inclinaciones á la revolucion religiosa.

Margarita de Parma, hermana de Felipe II, por hija natural de Cárlos V, recogió el gobierno de las Provincias Unidas, tan codiciado por varios magnates y príncipes. Hija de una gran señora de los Países Bajos; educada por Margarita de Saboya primero, y luego por la reina de Hungría; estaba, como todas las princesas austriacas, dotada por la naturaleza de ánimo esforzado y de vehemencias singulares, como vínculos antiguos en la sangre imperial de su familia. Dada desde la niñez á los ejercicios ecuestres, como su abuela María de Borgoña, y gran cazadora de ciervos, parecia un verdadero general. Prenda política y diplomática, cual sucedia entonces con la mayor parte de todas estas princesas, casóla su padre con el primer duque de Toscana, erigido sobre las ruinas luctuosas de la célebre y hermosísima democracia florentina, tristemente acabada en aquel día mismo de la conclusion y acabamiento de su República. El marido de Margarita pasaba por hijo de Lorenzo el Magnífico y de una su sierva mora, y estaba materialmente devorado por toda clase de sensualidades y de vicios. En aquella noche de la libertad, tan admirablemente personificada por el buril de Miguel Angel sobre la tumba de los Médicis, hubo un día de regocijo, el día en que se celebraron las bodas del primer tirano de Florencia con la hija natural de Cárlos V. El marido primero de Margarita murió asesinado por el puñal republicano de su primo Lorencino de Médicis, y Margarita fué de nuevo casada con Octavio Farnesio, por cuyo casamiento llevó el título de Parma. Este matrimonio segundo resultó tan desgraciado como el primero. El duque de Toscana le doblaba la edad á Margarita; y tenia ésta veinte años cuando la casaron con el cuasi niño duque de Parma, que apenas tenia trece. Compañero del Emperador en sus expediciones á Turquía creyósele muerto; y Margarita, imputándose á sí misma esta desgracia, por la mala vida que le habia dado y por los disentimientos que con él habia tenido, cobróle un